

Ernesto Guzmán

Ernesto Guzmán es el menos conocido y el más odiado de nuestros poetas, en sentido paradójico y de paso sea dicho. Lleva publicados tres libros serenos y entusiastas como que lo más; sin embargo, si alguien se ocupa de su obra, ó se le prodiga con alguna gacetilla agria ó huelgan aquellas razones que fueron la mejor gala y erudición del siete veces muy ilustre *Monsieur Qui Ne Comprend Pas*, de que habla Remy de Gourmont. Guzmán podría alegar para sí mismo, con entera satisfacción de poeta, que ni siquiera ha sido discutido, pues la crítica se ha cebado sobre sus versos sin quererlos comprender; pero, á pesar de todo, su fe en el arte es aquella que le hacía decir á Ana Whithall Smith, elogiada por Williams James: «Obrad con fe, y tendréis en realidad la fe, por muy tibios y llenos de dudas que os sintierais.» Y está su fe porfiada en un escudo y un acicate.

Cuando la aparición de su libro *Vida interna* hubo quienes pretendieron allegar argumentaciones zumbonas para explicar sus enrevesamientos ideológicos y quienes le tildaron de ingenuo imitador. Lo cierto es que, á pesar de aquéllos y de éstos, el poeta se ha desentendido con noble entereza de artista, y sincero como ninguno, ha resuelto es-

capar á los comentarios no publicando en lo sucesivo nada que pudiera molestar á unos cuantos seflorones intelectuales. Este orgullo de la propia conciencia, á vuelta de paradojas, es humilde y honrado como lo que más, y en él debemos de admirar todo lo que en el escritor hay de hondamente doloroso y despectivo, porque, en tratándose de estas cosas de la poesía, Guzmán es un estoico á su manera: se resigna viviendo de su propia soledad interior, sin importarle un ardite cierta gloria fácil de cenáculos. Sus poemas son la florecencia de su vida intensa, que rebalsa á flor de labios en bellas imágenes, acaso demasiado graves ó tal vez excesivamente austeras.

Los que han leído á Unamuno hablan de Guzmán como de un seguidor servil. Puede ser que el pensamiento del ilustre profesor salmantino, y sobre todo la forma de sus poemas, hayan dejado honda huella en el poeta de *Vida interna*, lo cual, á considerarse pecado, haría que no pocos vates de esta tierra llevasen sendos sambenitos y cilicios de los peores. La influencia espiritual de Unamuno es evidente en Guzmán; pero más que influencia tiene el carácter de orientación ideológica muy especial hacia una aristocracia de pensamiento casi metafísico. El verso suelto de Guzmán es el mismo de Unamuno, pero ¿acaso el del autor de *Vida de don Quijote y Sancho* no tiene también su arranque de otro poeta? En el caso de las poesías de *Vida interna*, no es ya el simple artificio de la forma retórica lo que hay que buscar; quien quisiere dar con el alma del escritor ha de seguir el vuelo de su pensamiento á través de cada divagación filosófico-lírica, buscando en estos diálogos espirituales del artista consigo mismo las mutaciones de su mundo interior: estados de alma que quedaron prendidos

en el verso como jirones de pensamientos; reflexiones amargas de impotencia y de desolación interior; todas las torturas que la soledad destila en los espíritus amargados por la inquietud:

¡Oh! que es terrible
tener que irse, por Dios, y para siempre
dejar de ser,
y más cuando todo esto se sabe,
cuando se siente
en cada cosa
y en todos los minutos
que en entrañadas ansias
quisiéramos fijar este momento
que aun camina,
que siempre pasa,
que nunca vuelve...

¿Puede pedirse una mayor austeridad ni una más sencilla forma para expresar un hondo pensamiento que germina y se fecunda dentro de nosotros mismos por gracia y sutileza de la evocación del poeta? Ciertamente es también que esta simplicidad suele transformarse, como en el cuarto verso «y más cuando todo esto se sabe», en la más desatinada é incolora de las prosas.

A veces el poeta, que se arroba ante la vida de lo incognoscible, tanteando en el vacío con sondajes de místico, suele olvidarse de la metafísica y deja asomar en sus poemas notas amargas de humanidad que traen á la memoria reminiscencias de *En pos*. Oigamos lo que modula en *La trilla* la voz interna:

Y los potrillos llaman á las yeguas
con relinchos agudos, y ellas siguen
su forzoso correr, pensando acaso
que es el montón de trigo su único centro
en derredor del cual por fuerza tiene
el mundo que girar...
y bajo el látigo

en continuo azotar que no descansa,
corren atropelladas y se pisan,
y les sangran las patas y les duelen
y sienten el dolor de sus potrillos.

Y los niños las miran y se apenan,
cuando las ven cansadas y con hambre
hundir en la ancha parva los hocicos
y recoger un poco de ese grano
del trigo que han trillado, y no las dejan...
Y piensan que son muchos los que trillan
y pocos los que comen, y más pocos
los que tienen graneros y los que hacen
la cosecha del grano...

Guzmán ama y siente la libre vida de la Naturaleza como la comprendieron los simbolistas; esto es, buscando en ella el sentido oculto de la perfección, las misteriosas correlaciones de eternidad que hay en sus causas y en sus efectos; el alma íntima y profunda que se hermana con el espíritu despertando las ideas dormidas, los anhelos que nacen en pleno ensueño. La objetividad de las cosas obra sobre su sensibilidad por sugestión. El quisiera plasmar en sus versos no la visión de ellas, sino la sensación íntima que éstas han dejado al pasar sobre su espíritu, y como ha vivido horas de intenso pensamiento, desea que el recuerdo de éstas quede con el vigor de una suprema inquietud, porque la «sencillez con uno mismo es lo que se debe pedir, porque es la sinceridad, y ésta es lo sagrado de cada hombre».

El poeta tiende sus ojos cansados hacia todo lo que le rodea, y bajo sus miradas las cosas parecen cobrar un alma especial, un sentido propio, la conciencia de un instante de pensamiento. Es que entonces no es ya la poesía de las cosas la que fluye en sus versos, sino que en cada gesto y en cada aspecto de éstas hay algo del poeta mismo, como una supervivencia de su espíritu en la tristeza de

lo inanimado. De aquí proviene que esta serie de poemas de su último libro, *Vida interna*, sea á modo de un rosario lírico, continuado é indefinido. Los versos están ligados por la continuidad de pensamiento, ó más bien dicho, por la concomitancia espiritual de varios momentos que se compenetran y se funden en un todo armónico.

Los poemas de *Vida interna* son fríos, impasibles y hasta rudos si se quiere. Como no es un imaginativo, ni con mucho, Guzmán—y á haberlo sido habría ahogado á la loca de la casa á fuerza de razonamientos—, sus versos tienen el sentido de la precisión ideológica; son simples hasta la ingenuidad, y esta sencillez es su tesoro, ya que el ser complicado á su manera es tal vez el único medio de ser sencillo. Tal paradoja acaso explique un aspecto de la manera íntima del poeta. El don Quijote, velando las armas junto á la venta, podría traducir un instante de su autognosis. El hidalgo manchego cavila acerca del hondo valle de su espíritu, donde pacen las ilusiones de sus ensueños:

Donde no hay galeotes y no se hacen
las cuerdas que aprisionan, ni el espíritu
que elabore cadenas; ese valle
limpio de encantadores, los malignos
que encantan y deforman á los hombres,
de esos que hacen que sólo cada hombre
muestre al hombre exterior, á la envoltura
que se lleva por fuera, la de carne,
que es máscara del otro, del interno
que no puede mostrar y que es el Único...
el Único, el Profundo, el Permanente,
que aun en compañía de los otros
camina solitario, ¡sin que nadie
lo pueda acompañar!... ¡sentirse dentro
de una prisión de carne y no poderla
romper cuando uno se hincha de lenguaje,
de pensamiento y oración!...

Queriendo encontrar en el verso libre ó liberado la completa libertad que suelen entorpecer la rima y el acento, Guzmán se desentiende en absoluto de todos los recursos métricos. Así sucede que sus poesías resultan fatigosas, lentas, sin ese atractivo de las cadencias variadas y de la música rítmica que este poeta con tantas arrogancias desprecia en los consonantes obligados que retuercen las ideas y truncan los conceptos cuando no se les sabe manejar con la debida soltura.

En su afán por ser hondo y complicado ha caído el poeta en la red de ininteligibles enrevesamientos de vocabulario, ora retorciendo el verso en imágenes imposibles, ora prodigando las palabras en paradojas dignas de un imitador de Díaz Mirón ó Chocano. A menudo habla Guzmán de

...los adensados limos del ensueño...
 ...de un corazón que se abre en flor de oídos...
 ...del sueño muscular de mi organismo...
 ...del anhelo con que piden
 levaduras las almas de sus sangres...
 ...de los pobres rebalses hacia afuera,
 de los densos rebalses hacia adentro...

En la mayoría de los casos estos versos producen un efecto negativo, haciéndonos creer que el poeta se esfuerza pura y exclusivamente por expresar una idea pobrísima, revestida con los artificios de un lenguaje incomprensible; y sucede que la emoción reproducida en el verso se pierde al fin en ese torbellino de vocablos que, pretendiendo expresar mucho ó sugerir bastante, no dicen nada. Acaso provenga esto de que Guzmán tenga un falso concepto de la sencillez, la muy noble de los Walt Whitman, de los Carducci, de los Guerra Junqueiro, y en su afán por escapar á la tiranía de la retó-

rica, llega á ser víctima de la mil veces peor del concepticismo ideológico. El caso de Unamuno es una lección; el poeta de *Vida interna* le tiene por el más grande de los líricos y sigue sus aguas, no ya imitándole, como advertía antes, sino que orientando su manera poética en un perfecto paralelismo á la del ilustre rector vascoespañol. Y esto es sensible, ya que Unamuno, si tiene enormes originalidades como pensador, como poeta no ha sabido jamás hilvanar un mal verso. Tal vez se cree un revolucionario cuando no pasa más allá de ser un ilusionado ingenuo. (Debilidad, por cierto, de sabio.)

Hay en los versos de Guzmán (*Vida interna*) imágenes y conceptos que, pudiendo haber sido expresados con perfecta claridad, se retuercen, se hacen difusos y terminan en verdaderos acertijos poéticos. Suele entrecerse á través de su abigarramiento, la intención del poeta, mediante un esfuerzo de adivinación continuado. Oigamos, por ejemplo, en *Los emparvadores*:

¡Son extraños atletas! porque sienten
 los atados de emparvas soterrados
 bajo del cascarón del propio ensueño,
 y con el hombro espiritual no pueden
 de un fuerte sacudón echarlos fuera...

No hay poesía en estos versos, y de haberla está diluída en una imagen tan desaliñada, que se pierde por completo y ni siquiera incita á pensar en ella. El artificio ha podido más que la emoción del instante ó de la cosa misma, aun cuando en esto se haya engañado el propio poeta que, deseando expresar lo más fielmente posible su sensación, ha ido á caer en un despeñadero sin salida.

Los poemas de Ernesto Guzmán son, ante todo,

los versos de un intelectual: imposibles, reflexivos, calculados. Han nacido al calor de un corazón hecho cerebro. Pero fuerza es reconocer que es la obra de un poeta sincero como ninguno, atormentado por su ideal, como aquel personaje simbólico de Baudelaire que iba por el mundo en peregrinación cargado con su Quimera.

FIN

INDICE

	<u>Págs.</u>
DEDICATORIA.	V
PRELIMINAR.	VII
LIGERAS CONSIDERACIONES SOBRE NUESTRA LITERA- TURA.	XI
Baldomero Lillo.	25
Francisco Contreras.	61
Victor Domingo Silva.	103
Omer Emeth.	127
Jorge González.	147
Rafael Maluenda.	161
Carlos Pezoa Véliz.	181
Fernando Santiván.	185
Carlos Mondaca.	213
Ernesto Guzmán.	229